



EL ECLIPSE DEL SENTIDO DE DIOS

El gran problema de Occidente es el olvido de Dios: es un olvido que se difunde. Estoy convencido, dice Benedicto XVI, de que todos los problemas particulares pueden remitirse, en última instancia, a este tema.

Desembarazándose de Dios, y sin esperar de él la salvación, el hombre cree que puede hacer lo que se le antoje y que puede ponerse como la única medida de sí mismo y de su obrar. Pero cuando el hombre elimina a Dios de su horizonte, cuando declara “muerto” a Dios, ¿es verdaderamente más feliz? ¿Se hace verdaderamente más libre? Cuando los hombres se proclaman propietarios absolutos de sí mismos y dueños únicos de la creación, ¿pueden construir de verdad una sociedad donde reinen la libertad, la justicia y la paz? ¿No sucede más bien —como lo demuestra ampliamente la crónica diaria— que se difunden el arbitrio del poder, los intereses egoístas, la injusticia y la explotación, la violencia en todas sus manifestaciones? Al final, el hombre se encuentra más solo y la sociedad más dividida y confundida.

Dios es vida, y cada criatura tiende a la vida; en un modo único y especial, **la persona humana, hecha a imagen de Dios, aspira al amor, a la alegría y a la paz.** Es un contrasentido pretender eliminar a Dios para que el hombre viva. **DIOS ES LA FUENTE DE LA VIDA;** eliminarlo equivale a separarse de esta fuente e, inevitablemente, privarse de la plenitud y la alegría: «*sin el Creador la criatura se diluye*». La cultura actual, en algunas partes del mundo, sobre todo en Occidente, tiende a excluir a Dios, o a considerar la fe como un hecho privado, sin ninguna relevancia en la vida social. Aunque el conjunto de los valores, que son el fundamento de la sociedad, provenga del Evangelio —**como el sentido de la dignidad de la persona, de la solidaridad, del trabajo y de la familia**—, se constata una especie de “eclipse de Dios”, una cierta amnesia, **más aún, un verdadero rechazo del cristianismo y una negación del tesoro de la fe recibida, con el riesgo de perder aquello que más profundamente nos caracteriza.**

Estad **“arraigados y edificados en Cristo, firmes en la fe”** (cfr. Col 2,7). La carta de la cual está tomada esta invitación, fue escrita por san Pablo para responder a una necesidad concreta de los cristianos de la ciudad de Colosas. Aquella comunidad, de hecho, estaba amenazada por la influencia de ciertas tendencias culturales de la época, que apartaban a los fieles del Evangelio. **Nuestro contexto cultural, queridos jóvenes, tiene numerosas analogías con el de los colosenses de entonces.** En efecto, hay una fuerte corriente de pensamiento laicista que quiere apartar a Dios de la vida de las personas y la



sociedad, **planteando e intentando crear un “paraíso” sin Él.** Pero la experiencia enseña que el mundo sin Dios se convierte en un “infierno”, **donde prevalece el egoísmo, las divisiones en las familias, el odio entre las personas y los pueblos, la falta de amor, alegría y esperanza.** En cambio, cuando las personas y los pueblos acogen la presencia de Dios, le adoran en verdad y escuchan su voz, se construye concretamente la civilización del amor, **donde cada uno es respetado en su dignidad y crece la comunión, con los frutos que esto conlleva.** Hay cristianos que se dejan seducir por el modo de pensar laicista, o son atraídos por corrientes religiosas que les alejan de la fe en Jesucristo. Otros, sin dejarse seducir por ellas, sencillamente han dejado que se enfriara su fe, con las inevitables consecuencias negativas en el plano moral.

DAR A CONOCER A DIOS Y SU ROSTRO, CRISTO

El tema “Dios” es esencial. San Pablo dice en la carta a los Efesios: *“Recordad cómo en otro tiempo estabais sin esperanza y sin Dios. Pero ahora, en Cristo Jesús, vosotros, los que en otro tiempo estabais lejos, habéis llegado a estar cerca”* (Ef 2, 11-13). (...)

Por consiguiente, es necesario volver al Dios creador, al Dios que es la razón creadora, y luego encontrar a Cristo, que es el Rostro vivo de Dios. Podemos decir que aquí hay una reciprocidad. Por una parte, el encuentro con Jesús, con esta figura humana, histórica, real, me ayuda a conocer poco a poco a Dios; y, por otra, conocer a Dios me ayuda a comprender la grandeza del misterio de Cristo, que es el Rostro de Dios. Sólo si logramos entender que Jesús no es un gran profeta, una de las personalidades religiosas del mundo, sino que es el Rostro de Dios, que es Dios, hemos descubierto la grandeza de Cristo y hemos encontrado quién es Dios. Dios no es sólo una sombra lejana, la “Causa primera”, sino que tiene un Rostro: es el Rostro de la misericordia, el Rostro del perdón y del amor, el Rostro del encuentro con nosotros. Por tanto estos dos temas se compenetran recíprocamente y deben ir siempre juntos.

BUSCAR A DIOS Y DEJARSE ENCONTRAR POR ÉL: La primera contribución que la Iglesia ofrece al desarrollo del hombre y de los pueblos no se basa en medios materiales ni en soluciones técnicas, **sino en el anuncio de la verdad de Cristo,** que forma las conciencias y muestra la auténtica dignidad de la persona y del trabajo, promoviendo la creación de una cultura que responda verdaderamente a todos los interrogantes del hombre. (...) Quien no da a Dios, da demasiado poco; como decía a menudo la beata Teresa de Calcuta: **“la primera pobreza de los pueblos es no conocer a Cristo”.**

Por mi parte, sigue diciendo Benedicto XVI, quisiera poner de relieve cómo, a través de este testimonio multiforme, **debe brotar sobre todo el gran “sí” que en Jesucristo, Dios dijo al hombre y a su vida, al amor humano, a nuestra libertad y a nuestra inteligencia; y, por tanto, cómo la fe en el Dios que tiene rostro humano trae la alegría al mundo. En efecto, el cristianismo está abierto a todo lo que hay de justo, verdadero y puro en las culturas y en las civilizaciones; a lo que alegra, consuela y fortalece nuestra existencia.**

(Documentos de Benedicto. XVI)